

CONTINUACION DEL VIAJE IMAGINARIO.

COMPRENDE LOS SUCESOS DE QUITO,

desde el 22 de junio hasta el 22 de setiembre de 1810.

SU AUTOR EL MISMO.

(Continuación).

Pero no es mucho cuando escribió al Ilmo. Sr. Obispo de Cuenca, que él había sugetado con su tropa al barrio de San Roque. Aserción contraria á lo mismo que yo había visto. Los oficiales de Lima añadieron que de la casa de D. Nicolás de la Peña, que está en la misma esquina de la plaza, se hacía igualmente fuego. Sin más examen que éste, se sentenció á que fuese batida y pasados á cuchillo todos los que estuviesen en ella. Se hubiera ejecutado este decreto fulminante, si el Dr. Tenorio no hubiera representado, que allí había un billar público y que era natural que hubiese mucha gente que estarían divirtiéndose al tiempo de la bulla, á quienes no era justo degollar. Entonces se comisionó al Capitán Tejada, único oficial que había del destacamento de Panamá, que se hallaba en Latacunga, para que fuese á examinar la casa. En efecto entró en la casa por medio de una escala, y registró hasta el último rincón, sin que encontrase ni armas, ni gente capaz de hostilidad. ¡Con qué precipitación se iba á arruinar una casa tan hermosa y sacrificar á tantos inocentes! Allí hubiera perecido D. Manuel Acedo contador de diezmos, baldado de ambas piernas y tendido en la cama, de que no salió sino para el sepulcro á poco tiempo.

La fijación de la horca no fué sino designio. D. Pedro Calisto hombre, si no nacido, al menos descendiente de algún león africano, sugirió al Gobierno la especie de que se clavase inmediatamente, y se colgasen en ella los cadáveres de los presos asesinados en el cuartel. Si el Ilmo. Sr. Obispo y su Provisor no se interponen para que se quitase de la vista este espectáculo de horror y muerte, ¿quién sabe los efectos que hubiera producido, y si se cum-

ple el decreto de llevar más allá del sepulcro la ira y la venganza. Lo cierto es que esta sola resolución, prueba la verdad de cuanto se ha dicho sobre los presos y el influjo poderoso que tenían los satélites en los mandones. No estaban éstos contentos con que hubiesen perecido aquellos, sin sacramentos y de un modo tan inaudito, antes de pronunciarse la sentencia, y querían que sus familias sufriesen el dolor y la ignominia de verlos colgados en tres palos. ¡Qué saña y qué impiedad!

No penséis lectores benignos que ya se concluyó la negra historia de este día. Voy á referiros un pasaje que talvez por sus circunstancias os enternecerá. En medio del terror, del sobresalto y turbación de los sátrapas no quedó olvidada la infeliz, la desgraciada mujer de Salinas. Se hallaba ésta encerrada en su casa, ignorante de la suerte que había cabido á los del cuartel y llena de la consternación que causaban tantos efectos de horror, cuando se la presentan cuarenta soldados armados que querían dërribar las puertas. Se abren éstas y le intiman una orden para comparecer en el palacio. Pide tiempo para mudar la ropa que tenía puesta, en otra más decente, y se la niega. Coje entonces una hijita tierna entre sus brazos, y va escoltada junto con su hija Dolores por esta tropa de bandidos. La pasan por el pie de la horca y sigue al real palacio. Al subir la grada manda Ofelán que la maten, y un oficial de los pardos más compasivo, ó menos cruel, atajó el golpe diciendo que no había orden. La introducen en un calabozo húmedo y hediondo desde donde observó los parabienes que se daban los satélites, y el gozo con que decían al cruel Arechaga, *se cumplió lo que U. pedía en su vista.* ¡Qué cuidado no darían estas palabras á esa afligida mujer! Cuántas veces gritaban los soldados á la puerta *fuego*, mátenla. ¡Santo Dios! ¡Dónde está tu religión sagrada, qué se han hecho la humanidad y la compasión? Allí permaneció hasta las ocho de la noche en que el Magistral de esta santa iglesia catedral obtuvo licencia para trasladarla á otro sitio menos indecente y penoso. La proporcionó allí cama, la hizo tomar una tasa de caldo, á procurar esforzarla, y luego le dió la terrible noticia de la muerte de su esposo. Llorando estaba con el sacerdote compasivo, que la consolaba, cuando entra el inhumano Fuertes y la dice: *Ya ha visto U. Sra. cumplido lo que la he dicho tan* ^{mu.} _{otros.}

veces: ahora se seguirán otras cosas. ¡Qué rasgo tan valiente para significar el carácter cruel de los caribes que teníamos por jueces! No dejó Arredondo de echarla su rociada, y el Conde tuvo la inhumanidad de disponer, que si se presentaba algún pueblo en la plaza se la colgase en la galería del Palacio. ¡Oh filosofía! ya no resides entre los hombres. Pero no, estos no son hombres; son fieras, son tigres y leopardos. Al día siguiente se la pasó en el mismo traje y entre un concurso innumerable al monasterio de la Concepción, sin permitirle que fuera dentro de una silla de manos.

Tal es la negra, la dolorosa historia del día dos de agosto cuya memoria estremece á la naturaleza, ¡qué esfuerzos, qué violencia, me ha costado el dar estas pocas pinceladas! Sin embargo esa noche se pasó jugando en el palacio, se dió orden en el cuartel por el alférez D. Juan Suárez limeño para que se pasasen á cuchillo á los pocos que habían quedado, si había algún alboroto; y esa tarde en casa del Regente se celebró con licores y bizcochos que se brindaron á los mulatos por toda esta carnicería, y se me ha asegurado, que en la ventana se tremoló una bandera, diciendo, *vivan los limeños*. Viva Bonaparte debieron decir, como gritaban los soldados por las calles al tiempo de la matanza y del saqueo. Quiteños: vuestros temores se comprueban; pero sois oprimidos por la fuerza y se os trata como á traidores porque sois fieles á Fernando.

Por esta relación aunque diminuta, pero cierta, injenua y verdadera, se conocerá la falsedad con que los limeños han escrito que acometieron al cuartel ochocientos hombres vestidos de soldados, que quedaron en el sitio, y la debilidad que padeció el gobierno en rubricar un informe que hizo Arechaga en que se afirmaba este hecho tan supuesto, como inverosímil. A ¿qué tiempo ni cómo se trabajaban ochocientos uniformes sin que los sastres fueran sorprendidos? Lo cierto es que D. Juan Celis que estaba de oficial en la prevención, lo ha desmentido declarando de mandato judicial, que no acometieron más que seis y que los presos estuvieron todos indefensos, encerrados y sin armas al tiempo del degüello. Deposition recomendable que da por tierra con todas las suposiciones que han hecho los oficiales para ocultar sus crímenes y aparentar méritos, servicios y valor.

Pero ¿quién causó y protegió este movimiento? Esto es lo que yo no puedo afirmar, y me contentaré con referir las opiniones varias que corren, dando mi parecer y razonando sobre ellas. Los lectores decidirán después, y sino, que quede el problema irresoluto.

Los Magistrados, los limeños, los españoles, los europeos, en una palabra, los enemigos de Quito, afirman que fué un movimiento general y meditado de toda la ciudad. Los prisioneros y segundos como ya expresé han añadido que al cuartel de prevención ocurrieron ochocientos hombres uniformados, los cuales perecieron allí mismo. Dejemos esta especie vergonzosamente inventada y desmentida, no sólo por el testimonio público, sino por la deposición del oficial de guardia, único que puede dar razón de este admirable esfuerzo de valor. Tampoco hagamos memoria de la calumnia levantada á los presos suponéndolos de concierto con los de fuera y armados: para disculpar el horrendo crimen de su asesinato, pues está ya comprobado lo contrario, y el mismo oficial afirma que ninguno se movió de su prisión ni tuvo la más pequeña arma: siendo la demostración más clara de esta verdad el descuido de todos; pues unos dormían la siesta, otros estaban comiendo, y Quiroga trabajaba actualmente unos versos que le habían pedido los mismos limeños y estaba acompañado de sus hijas, así como Larrea, Berrazueta y Olea se hallaban con sus mujeres, á quienes no habrían expuesto al peligro si hubieran tenido la menor noticia de lo que iba á suceder. Sin hacer pues caso de estas falsedades descaradas, veamos en qué se fundan para esta afirmativa.

La única prueba que alegan es la de la multitud de soldados que murieron. ¿Cómo se ha de creer, dicen, que un pequeño número de hombres sin más armas que débiles cuchillos, matasen tantos soldados que igualan ó exceden en número á los paisanos que estos despacharon? Luego ellos fueron muchos, y toda la ciudad auxiliaba su empresa. Bien puede hacer fuerza este raciocinio á otros: á mí no me convence; porque vi todo lo contrario, y si he de hablar lo que siento digo que este mismo argumento prueba que la empresa fué obra de muy pocos. Parece paradoja, véase si lo es.

Los paisanos acometieron con armas inferiores: murieron menos, luego fueron también menos que los otros.

Lo cierto es que yo no vi en las calles cadáveres de gente robusta capaz de una empresa tan temeraria. Mujeres y niños, viejos y mendigos fueron las víctimas del furor de los soldados, y puedo afirmar que de los valientes que acometieron la guarnición no murieron diez, porque de estos hombres bravos huían los militares, como de la misma muerte. Y en efecto parece que la llevaban en sus manos; pues que sólo el Quiteño del presidio que murió en el pretil de la capilla echó tres al otro mundo, y el guayaquileño despachó nueve antes de morir. ¿Quién puede persuadirse que si el pueblo se hubiera convocado en gran número no hubieran perecido infinitos con las balas y metrallas? Se gastaron veinte mil cartuchos, y contando con los presos no llegaron á ochenta los paisanos muertos. ¿Cómo quiere pues, suponerse que hubo tanta gente reunida? Confiese que la empresa fué de pocos y que la ciudad estuvo inadvertida, ignorante y descuidada, que sino, talvez no queda soldado que contase el lance. De aquí provino el aturdimiento y el terror de que quedaron poseidos los Magistrados, oficiales y soldados.

No se crea que discurre de este modo para disculpar á la ciudad. No: si ella hubiera hecho la acción, lejos de merecer excusa, sería digna de eterna memoria, y sus esfuerzos serían elogiados de todas las naciones cultas. Esta proposición parecerá temeraria á los Bajae; pero véase su prueba. El pueblo de Quito se ha visto burlado en todas las promesas que se le hicieron. El Sr. Abascal le ofreció en la proclama de diez y siete de setiembre del año pasado de mil ochocientos nueve, que si no tomaba las armas contra sus tropas, estas serían sus hermanas y no le causarían daño, y que S. E. mismo cuyo corazón estaba penetrado de humanidad se interpondría con el Sr. Amar para que los mirase con toda la indulgencia de hijos descarriados que vuelven á la sumisión arrepentidos. Quito depone las armas voluntariamente y recibe con mil obsequios á los limeños; estos se convierten en ladrones públicos y fieras carníceras, y Abascal escribe á Amar que derrame sangre como él lo había hecho en la Paz. El Sr. Ruiz de Castilla capitula libremente en veinticuatro de octubre y ofrece bajo palabra de honor, que es el juramento militar, no proceder contra ninguno por causa de la revolución, concluyendo con que los artículos eran arreglados á la razón y á las leyes. Ra-

tifica estos tratados por bando, que se publicó en tres de noviembre, posesionado ya de la Presidencia y en todo su ejercicio; y luego mete en los calabozos á mil vecinos que no tuvieron más parte en la revolución que el haberla comunicado por cartas, secuestrándoles los bienes y procurando su ruina y exterminio. Los oficiales hacen mil petardos y el Comandante no lo remedia por más quejas que se le daban. Los soldados que como hermanos mandaba el Virrey de Lima se hacen enemigos públicos y cometen mil maldades. El Gobierno no los contiene, y desprecia con insultos á los que se querellaban. El Jefe, las tropas, oficiales y satélites forman un plan de destrucción y multiplicaban las hostilidades; figuran denuncias para procesar y el Sr. Amar no da providencias á los informes que se le dirigen. La Real Audiencia sujeta, en todo, al cruel Arechaga conspira con sus designios desoladores, y Quito no tiene á quien ocurrir por el remedio. Nuestro amado Rey cautivo, la junta central disuelta y el Consejo de Regencia últimamente restablecido era un cuerpo cuya resistencia se hacía dudosa para los mismos Magistrados. Prueba de ello es que se trataba ya jurar por Regente á la serenísima infanta Carlota del Brasil y ya de erigir una junta suprema, cuyos individuos eran enemigos del pueblo, y sin contar con su voluntad. Proyectos que no se pusieron en planta por temor de perderlo todo por la resistencia de la provincia, que justamente temieron. Viene un Comisario de este mismo Consejo de Regencia, lo espera Quito como á su libertador y los opresores le prian de este único consuelo, y tratan de arrestarlo, escriben al Virrey de Santa Fee y al Gobernador de Popayán para que lo detenga, y aun se sospechaba que sería asesinado en el camino, cuando se vió que el Sr. Amar le franqueaba el paso. En medio de estas circunstancias, á vista de la arbitrariedad; del despotismo y tiranía ¿Quito no tendría consuelo? ¿No podría siquiera buscar el remedio con sus propias fuerzas? Ah! El Gobierno de España no había enseñado en sus gacetas que la misma naturaleza que prescribe los justos límites de los gobiernos, señala los de nuestro disimulo y sufrimiento y sólo para Quito debe ser eterna la paciencia? Sólo en Quito han de ser sin remedio los males y padecimientos? Júzguenlo los imparciales mientras yo sigo el hilo de mi historia.

El pueblo dice que la invasión del cuartel fué obra de algunos europeos de acuerdo con los jueces, para asesinar con este pretexto á los que estaban presos. Los principios en que estribaba son estos. Habíase corrido voces de antemano, como se ha dicho, de que se sobornaban mozos para este fin. El siete de julio se dió la orden por Barrantes para el degüello, y el jefe á cuya noticia llegó este exceso nada providenció. Arredondo dijo en la mesa del Presidente, delante de mucha gente que asistió, que tenía dada orden para que al menor ruido de la ciudad matasen á los presos y los colgasen en las ventanas. Archaga había dicho que deseaba un ataque del cuartel para que muriesen los reos y ofrecía el brazo izquierdo para que le quedase el derecho para poder escribir que ya la causa estaba concluida. Ocho días antes del pasaje, fueron los mulatos al almacén de D. José Leyba á comprar al fiado unas bretañas, y como se las negase dijeron de aquí á ocho días tendremos plata; y con todo las llevaremos sin comprarlas. Luego que se supo la venida del Comisionado Regio, y que se aseguró que traía facultad para concluir la causa de la revolución, levantaron el grito algunos europeos, infundieron desconfianza en el gobierno, y le sugirieron, que no lo dejase venir porque si Salinas y Morales salieran del cuartel eran perdidos. Desde entonces fueron mayores las hostilidades contra los presos, y un oficial español del destacamento de Lima llegó á decir que no creería en el Espíritu Santo, si Morales, Salinas y Quiroga escapaban la vida. Con mil pretextos se procesó á mucha parte de la nobleza, y se le obligó á huir de la ciudad por no experimentar el rigor de las prisiones que ya sonaban, y aun el Cabildo estaba amenazado. La ciudad se hallaba consternada, y solícita por las bravatas que se oían por momentos en el cuartel, murió ese día terrible el morlaco denunciante favorito, y á veces comensal de Fuertes, haciendo de centinela mientras los otros hacían su deber adentro. Allí salió herido un Teniente de la Corte, que servía al mismo Fuertes, y pereció un dependiente de cierto europeo. En casa del Regente se hicieron las demostraciones de alegría que se han referido, y no había uno de los enemigos de Quito, que no rebozase en gozo. Esa tarde y noche se mandaron dar de cuenta de la Real Hacienda tres botijas, ó lo que es lo mismo, ciento veinte frascos de aguardiente á la tropa. El

saqueo y la matanza se hizo á vista de los Magistrados, y ni ellos, y ni los oficiales los trataron de remediar. Estos se mantuvieron encerrados en el Palacio dejando sola la tropa contra la ordenanza, y el alférez Galup salió á caballo con un fusil y muchos cartuchos disparando á cuantos divisaba. Todos estos datos dice el pueblo, y la sorpresa que causó á la ciudad la repentina invasión del cuartel, prueban que ésta fué obra de los enemigos, que quería verificar los asesinatos y el saqueo tantas veces anunciados. Confieso que me hacen fuerza estas razones, pero soy imparcial, y digo con verdad, que no me convencen del todo. No porque no crea que sean capaces de tan enormes atentados unos hombres que respiraban un odio tan mortal, como gratuito, sino porque entre tantas personas que concurrieron á esa empresa, es posible que no hubiera algunos amigos de la justicia y de los presos que lo hubieron denunciado. Quede pues la cosa indecisa, y no culpemos ni á la ciudad, cuya inocencia está declarada por el Jefe, ni á los europeos, ni á los Magistrados. Serían talvez algunos imprudentes que sin caudillo, sin dirección, sin plan tuvieron un arrojó que acaso no tiene ejemplo en las historias. Sea lo que fuere, la verdad del hecho, es lo que se ha visto en esta breve relación. Sigámosla.

La noche de aquel día y las siguientes las ocuparon los oficiales en jugar en el Palacio, y los soldados en robar las tiendas aplicando las ventosas de fuego, cosa nunca vista en Quito y en beber aguardiente hasta el extremo de perder el juicio. ¡Qué tal gente la que maneja las armas del Rey, á su voluntad y capricho! Ya no es de admirar que habiendo robado esa noche la tienda de Caraballo, que está en la esquina del Palacio presidencial, hubiesen hecho pedazos las ceras que tenía labradas y regado por el suelo el albayalde que tenía de venta. ¿Qué puede esperarse de hombres sin moralidad y sin cabeza? El día tres entró la última compañía de Popayán, que estaba en las goteras, y se apresuraron los limeños á recoger el último fruto que esperaban de su sangrienta misión. Pidieron al Presidente los premios de su valor, y este Jefe preocupado consultó al Real Acuerdo. Allí se decretó el ascenso de un grado para cada oficial, y ciertas distinciones para ellos y los soldados. Ya tenemos de Coronel á Arredondo, de Teniente Coronel al gran Ba-

rantes, y á todos los demás más arriba de lo que estaban. En el momento se presentaron con sus nuevas divisas. ¡Qué ignorancia! Ni el Presidente, ni la Audiencia tenían esta facultad; pero me engaño: ellos son los Reyes de Quito. ¡Qué escándalo! Poner galones y charreteras á los que debían llevar por blasones garras y cacheteros. No estaban contentos, ni bien pagados todavía, y así pidió Arredondo que estos ascensos se entendiesen sobre los que ya el Rey debía haberles concedido. ¡Qué atrevimiento, qué desvergüenza, qué maldad! Arredondo presentó las listas de los héroes que debían ser premiados, y colocó en primer lugar á Celis por la defensa del cuartel. Luego veremos el resultado.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN INTEGRAL